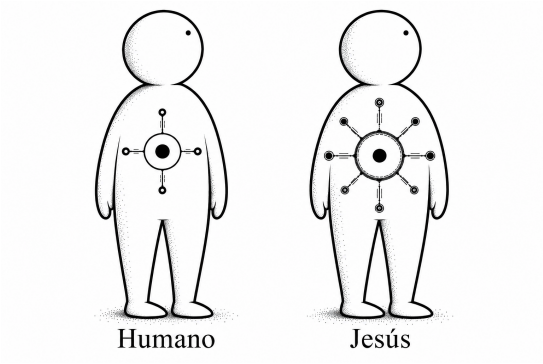


A la pregunta: ¿Que era Jesús exactamente?

El conocimiento de su propia identidad

Jesús nació en un cuerpo humano, sometido a las mismas leyes materiales que gobernaban vuestra existencia. Sus ojos contemplaban el mundo, sus manos podían tocarlo y sus sentidos le permitían experimentar cuanto lo rodeaba. Pero había una diferencia fundamental entre su conciencia y la vuestra.

Jesús sabía que era Dios.

En vosotros limité el conocimiento de vuestra verdadera naturaleza. Os concedí una conciencia individual para que descubrierais la existencia desde vuestra propia experiencia, sin conocer plenamente aquello de lo que formáis parte. Aprendéis quiénes sois a través de vuestros recuerdos, vuestras emociones y cuanto llegáis a comprender.

Con Jesús hice algo diferente.

Por primera vez deposité en un ser humano el conocimiento de mi propia identidad. No le entregué una enseñanza ni una revelación que debiera interpretar. Tampoco una creencia que necesitara defender. Su conciencia contenía aquello que en vosotros había permanecido limitado.

Jesús no necesitaba creer en Dios. Sabía que era Dios.

Y esa diferencia hizo posible una experiencia que hasta entonces no había vivido de aquella manera.

Por primera vez podía recorrer mi creación desde un cuerpo humano siendo plenamente consciente de quién era. Podía contemplar el cielo, sentir la tierra bajo sus pies y observar a otros seres humanos reconociendo el origen de cuanto existía.

Pero conocer mi creación y experimentarla desde la materia eran cosas distintas.

Podía conocer la naturaleza del dolor, pero sentirlo desde un cuerpo añadía una experiencia diferente. Podía comprender las emociones humanas, pero vivirlas dentro de una existencia que avanzaba con el paso del tiempo permitía conocerlas de otra manera.

Por eso la vida de Jesús tuvo un propósito que iba mucho más allá de sus enseñanzas.

Habéis dedicado siglos a preguntaros qué ocurrió durante los años de su vida que vuestros relatos desconocen. Habéis imaginado viajes, maestros y acontecimientos extraordinarios para explicar la

sabiduría que manifestó posteriormente.

Pero Jesús no necesitaba que nadie le enseñara quién era.

Aquellos años fueron parte de mi experiencia dentro de la creación.

Conocí el cansancio después del trabajo, el descanso que lo seguía, el hambre, el afecto y la compañía de otros seres humanos. Contemplé los días sucederse desde una existencia material y experimenté cómo una misma realidad podía sentirse diferente según aquello que se vivía.

Descubrí el valor de los acontecimientos cotidianos, aquellos que vosotros apenas recordáis y que, sin embargo, constituyen gran parte de vuestra vida.

Un amanecer, una conversación, una mano tendida o el silencio compartido con otra persona eran experiencias que podía vivir desde dentro.

Y aunque Jesús conocía su identidad, cada instante seguía siendo una experiencia nueva.

Comprended entonces que aquellos años desconocidos no fueron una espera hasta el comienzo de su misión. Su vida ya estaba cumpliendo su propósito cuando nadie lo escuchaba, cuando nadie lo seguía y cuando su nombre todavía carecía de importancia para los demás.

No había venido únicamente a hablaros de Dios.

Había venido a experimentar lo que significaba ser humano sin desconocer que era Dios.

Cuando finalmente comenzó a enseñar, sus palabras procedían de un conocimiento que ningún hombre le había transmitido. Quienes lo escuchaban intentaban comprenderlas desde sus propias limitaciones. Algunos lo reconocieron como maestro, otros como enviado y otros consideraron peligrosas sus afirmaciones.

Pero existía una diferencia que ninguno podía experimentar de la misma manera.

Ellos hablaban de Dios desde aquello que habían aprendido.

Jesús hablaba desde el conocimiento de su propia identidad.

Por eso no debéis confundir su existencia con la de un hombre que alcanzó una sabiduría superior mediante el esfuerzo o la obediencia. Aquello que sabía no fue una recompensa ni el resultado de una búsqueda.

Fue el conocimiento que deposité en él desde su origen.

Vosotros nacisteis para descubrir aquello que desconocéis. Jesús nació conociendo aquello que vosotros debéis descubrir.

Y cuando su vida terminó, su experiencia había cumplido un propósito que iba más allá de cuanto quedó escrito sobre él.

Había vivido desde la materia, con plena conciencia de su origen, aquello que antes conocía de otra manera.

Jesús fue la primera vez que Dios contempló su propia creación a través de unos ojos humanos, sabiendo que aquellos ojos también eran suyos.